

LA TRANSMISIÓN DE LA CIENCIA ANTIGUA EN LA OBRA DE SAN ISIDORO DE SEVILLA

Joaquín Herrera Carranza.

En la figura universal de san Isidoro de Sevilla concurren dos trayectorias vitales, definitorias de una dedicación vocacional muy encaminada a la labor constante educadora y pedagógica: 1) la del personaje eclesiástico creador de escuela, escritor de interpretaciones teológicas, arzobispo de Sevilla, durante largos años, presidente del IV Concilio de Toledo, elevado a los altares y doctor de la Iglesia; y 2) la del intelectual, pensador, erudito y sabio, recopilador del conjunto de conocimientos y saberes, heredados del esplendor grecolatino de la Antigüedad clásica ("progresar es crecer en el conocimiento", dejó escrito).

En realidad, dos trayectorias que se funden en una única rica personalidad, rancia en sabiduría, cuya huella persistió largamente (su docta obra está presente y viva en la anchísima amplitud temporal de la Edad Media), y su pervivencia intelectual global llega hasta nuestros días.

Es, justamente, de su faceta intelectual, versada y culta, cuando aflora su inequívoca dedicación a la ciencia, transmisora en todos los campos del conocimiento de su época (áreas de conocimientos, se dice en la actualidad), bajo el formato del enciclopedismo: medicina, farmacia, botánica, zoología, mineralogía, hidrología, astronomía, física, matemática, agricultura, arquitectura, etc. En este sentido, el significado excepcional de San Isidoro reside en su atracción, sin límites aparentes, e interés permanente, propio del científico dotado de una capacidad de observación y comprensión de base, por los asuntos humanos -la ciencia-, precisamente, en un momento de la Historia en el que las inquietudes tendían a orientarse con preferencia hacia los asuntos eclesiásticos, a los que, en esencia, se dedicó con inusitada lucidez.

En la época isidoriana, la única ciencia, que englobaba a todos los conocimientos, era la que se daba en el mundo antiguo, es decir, la Filosofía. Con el devenir de los tiempos, surgió la necesidad de identificar y clasificar los conocimientos a medida que las diferentes ciencias se desarrollaban paulatinamente. Y, es en este contexto evolutivo, donde también se adelanta Isidoro, el Hispalense, de una forma todavía incipiente en la ordenación, con la aparición de su obra magna, la más relevante y universal: las Etimologías. Una obra colosal, salvadora, verdaderamente, del saber antiguo, merced a la labor ingente recopiladora, muy bien equilibrada entre la concisión y la síntesis, aunque, además, con un caudal nada desdeñable de interpretaciones y juicios propios: "..., la mayoría de las veces copiando y trasladando lo que ha leído en otros autores y, en ocasiones, aportando reflexiones y opiniones personales" (I. Velázquez, 2004).

También debemos tener presente la aportación nada desdeñable de otra obra de mucho menor extensión, aunque no de contenido científico, *De natura rerum*, "en cuyas páginas se tratan numerosas cuestiones científicas que se refieren principalmente a temas meteorológicos, físicos y astronómicos. Y si se recuerda cuanto aquel escribió acerca de estos últimos problemas en los libros III y XIII de sus Orígenes o Etimologías, debemos concluir afirmando que toda la ciencia astronómica isidoriana se encuentra expuesta en esas dos obras suyas" (Sánchez Faba, 1961).

Muchos y destacados autores e investigadores, bien documentados y conocedores de la obra isidoriana, han sabido valorar certeramente, entiendo, el significado y alcance de las Etimologías, especialmente en lo referente a la transmisión del conocimiento científico altomedieval. Un par de ejemplos, tal vez, sean suficientes:

"El éxito de la obra se explica fácilmente: las Etimologías tenían, en una biblioteca medieval, la misma actualidad que la Enciclopedia Británica o el Larousse en una biblioteca moderna. Había necesidad de consultarlo frecuentemente" (E. Gilson, 1976). Claro que a esta cita del autor habría que sumarle nuestro Espasa en lengua española. Si se acepta la comparación: una suerte de Wikipedia medieval.

"Esta obra (Etimologías), que apagó durante siglos enteros la sed de cultura de Occidente, se impone hoy a nuestra atención sobre todo cuando nos permite conocer el estado de la ciencia en el siglo VII. Fuente máxima del enciclopedismo medieval y objeto de una gran difusión" (V. Bompiani, 1988). La obra de San Isidoro protagonizó, incluso, la génesis de arranque de las universidades medievales (*studium generale*).

Por tanto, las Etimologías representa el gran diccionario temático del conocimiento científico universal, originario de la Antigüedad clásica grecolatina, que el doctor Isidoro redactó en su scriptorium hispalense, imprescindible en todas las escuelas medievales. No obstante, cuando entramos en la valoración específica de algunos de los veinte libros que la integran -caso del libro IV, dedicado a la medicina-, se llegan a planteamientos (y conclusiones) que causan admiración y asombro. En efecto, en su conjunto, el texto latino del libro IV, De Medicina (trece capítulos sobre el arte de la medicina), está considerado por los estudiosos como el primer diccionario enciclopédico terminológico médico de la historia de Occidente. Las boticas monásticas fueron tributarias de su legado científico paradigmático en materia médica (conocimiento y preparación de las plantas medicinales).

Y, hay más porque del capítulo octavo, de este libro IV, que reza por título De morbis qui in superficie corporis videntur (Enfermedades que aparecen en la superficie del cuerpo), el profesor García Pérez (catedrático de Dermatología), en su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina (2001), y en otros trabajos, afirma que "como toda historia tiene siempre su prehistoria, la de la Dermatología en España la tiene en un precursor ilustre, que no fue ni médico, ni menos aún dermatólogo: san Isidoro de Sevilla". A lo que añade que se trata del "primer texto dedicado específicamente a la Dermatología en Europa".

Si, tras lo expuesto acerca de la medicina, hacemos una extrapolación al conjunto de los veinte libros de las Etimologías, la aportación enciclopédica isidoriana es sencillamente abrumadora y nos deja un tanto perplejos, respecto a su capacidad de síntesis y concreción en la amplitud de los temas abordados: todos los de su tiempo altomedieval. El legado escrito de los conocimientos científicos universales que la Edad Media recibió desde su scriptorium sevillano.